

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
 » Extranjero 1'50 »

¡TRABAJADORES!

En nombre de una abstracción tan vaga, tan indeterminada, tan multiforme como la Moralidad, la burguesía política de la oposición ha agitado al pueblo contra la burguesía política ministerial; es decir, la burguesía de poco y de medio pelo ha reñido con S. M. la Plutocracia, y toma al pueblo, al eterno víctima y al constante comparsa, como auxiliar en apoyo de sus reivindicaciones.

No más alcance tienen la lucha de Sol y Ortega contra Maura y las manifestaciones populares del 28 de marzo.

El pueblo que se muere literalmente de hambre y de miseria en la misma capital del reino, que no otra causa ni otra significación tiene la actual epidemia tífica de Madrid; que llora abúlico é inerte pidiendo pan en Andalucía; que vive en los campos estrujado por el propietario, el fisco y el usurero; que cuenta la mitad de su masa obrera entre los *unemployed* (obreros sin trabajo) en todas las comarcas industriales de España y que sueña en salir de su infierno social para entrar en otro no menos espantoso, la emigración, ese pueblo infeliz, despojado, explotado, tiranizado y engañado, no da, sino deja tomar su nombre y presta su concurso a manifestaciones políticas en las que sus ideas y sus intereses no son absolutamente tenidos en cuenta para nada.

No es esta una vana lamentación, es un hecho; no lo exponemos con carácter de queja, sino de demostración.

Queremos la verdad despojada de los velos de sofismas y convencionalismos y deseamos que nuestros compañeros los trabajadores comprendan, se persuadan de una vez y para siempre, que su salvación, a contar de la más ínfima mejora hasta su emancipación completa y su participación correspondiente en el patrimonio universal, ha de ser su propia obra, porque la cadena del salario, que es la principal por no decir la única que le oprime, es igualmente conservada por todos los políticos, desde el absolutista más testarudo hasta el demócrata más charlatán.

¿Qué partido, qué jefe, puede tirar la primera piedra en nombre de la moralidad contra el partido y el jefe dominantes?

¿Qué partido escribe en su programa y tiene como objeto la abolición del salario y la transformación de la propiedad?

¿No recuerdan los trabajadores que el partido republicano radical ha dicho por boca de su jefe que no pasará de lo que la *Gaceta* puede sancionar?

¿Y qué significa eso sino que la usurpación propietaria y la explotación capitalista han de continuar en la república con la misma intensidad, con los mismos deplorables efectos contra los trabajadores que en la monarquía?

¿No vemos *El Progreso*, órgano del partido radical, como prueba anticipada de lo que puede dar de sí la república por radical que sea su disfraz, mereciendo ser boicoteado por los trabajadores sindicados?

¿No vemos la República francesa, bajo la dirección del partido radical, oponerse tenaz y brutalmente a las reivindicaciones proletarias?

Dejen de una vez los trabajadores a los políticos que invoquen la moralidad revolviéndose en el cieno del «más eres tú», que es lo único que en punto a moralidad pueden hacer los profesionales de la política, y aúnen su inteligencia y sus energías para conquistar su libre y correspondiente participación en el patrimonio universal.

EL GRUPO «4 DE MAYO»

LA HUELGA

DE LOS EMPLEADOS DE CORREOS TELEGRAFOS Y TELÉFONOS

El proletariado en general celebra con entusiasmo la victoria obtenida por estos trabajadores de París contra su burgués el Estado.

Nosotros, contentos y participantes de la alegría que sienten cuantos trabajadores no están ofuscados por el patronato de Lerroux

ó por el patronato de San José, celebramos preferentemente el descalabro, ya que no derrota del gobierno radical francés y del Parlamento de la República francesa.

Los P. T. T. (empleados de Correos (*Postes*), Telégrafos y Teléfonos), hartos de sufrir el trato de un jefe que les molestaba y humillaba, manifestaron su dignidad pidiendo su destitución por medio de la huelga. El Gobierno y el Parlamento han defendido el principio de autoridad, pero los huelguistas, según un diario de París, firmes en su derecho é insustituibles, han obligado á Clemenceau á hacer la siguiente declaración á una comisión de huelguistas:

«No puedo negar la grandeza ni la importancia de vuestro movimiento. Yo mismo he estado durante 48 horas incomunicado telegráficamente y telefónicamente con el mundo entero.»

Y le han soltado la siguiente declaración, que el gobernante escucharía con cara risueña y retortijones de tripas:

«Señor presidente, nosotros somos fiadores de nuestros compañeros, y hé aquí nuestra fianza: en el caso en que las promesas que usted nos hace no se cumplieran y que las esperanzas que nos deja entrever no se realizaran, nosotros, que estamos confederados, apelariamos á toda la clase obrera, y entonces estallarí la huelga general revolucionaria con todas sus consecuencias.»

Cuando el movimiento comenzó á preocupar al mundo parlamentario, los diputados radicales y radical-socialistas del Sena, de la mayoría gubernamental, reunidos en 16 de marzo, deploraron «que el personal creyera deber abandonar el trabajo y desorganizar un servicio público esencial en detrimento de los intereses de la población». Y añadieron después: «Cualquiera que sea la gravedad de los motivos indicados, les es imposible intervenir mientras los servicios no hayan recobrado su curso normal; apelan á la clarividencia y á los sentimientos de los empleados de P. T. T., y se comprometen, cuando renazca la calma, á proseguir enérgicamente en la Cámara la realización de las reformas que se imponen en la administración de P. T. T.»

A lo que el Consejo de Administración de los Empleados de Correos ha respondido en los términos siguientes:

«Protestamos enérgicamente contra esa declaración que tiende á hacer creer que el Parlamento ignora nuestras quejas. Durante quince meses hemos dado constantemente conocimiento de ellas, especialmente cerca de los grupos radicales, para poner término á la situación que se nos había impuesto; pero hemos hallado siempre una hostilidad no disimulada. A pesar de la bondad é inteligencia de los Sres. Dumont y Steeg, y del apoyo de todos los ponentes del presupuesto, Sres. Sembat, Steeg, Noulens y Chantard, que han reconocido unánimemente el fundamento de nuestras reclamaciones, nuestro espíritu de disciplina y nuestro cuidado por los intereses del público, el partido radical ha permanecido sordo á nuestras recriminaciones. El resultado de todas nuestras diligencias ha sido absolutamente negativo. Deploramos más que nadie esos fracasos repetidos que nos han llevado á una situación sin salida.

«Nos vemos obligados á hacer que caiga sobre la inercia del partido radical, que dispone en la Cámara de enorme mayoría,—inercia hecha, lo repetimos, de indiferencia y de hostilidad,—la responsabilidad de los acontecimientos actuales.

«Resueltos á no contar más que con nosotros mismos en la lucha actual, los empleados de correos irán hasta el fin en la vía libertadora que han emprendido.»

Es interesante ver que los empleados se han dado cuenta, tan bien como los trabajadores, de la ineficacia de la acción parlamentaria, y que hayan comprendido tan bien que no hay más que una acción propia para dirigirse á la emancipación de los explotados: la acción directa de los interesados.

No es extraño, pues, que la Cámara, poniéndose frente á las aspiraciones proletarias, diera un voto de confianza al G. bierno contra los huelguistas por 368 votos contra 211.

La prensa ha dado la nota ridícula del miedo. Un diario dice:

«La huelga de P. T. T. ha evidenciado

claramente la fragilidad de la civilización. Ha bastado una cosa insignificante: un puñado de descontentos que abandonan el trabajo, y todo el mundo se espanta.»

En otro se lee:

«Entabladas el domingo, proseguidas ayer por la mañana por la Cámara, las negociaciones para la capitulación de los poderes públicos han terminado hoy... El Parlamento ha tenido en este asunto un papel borroso y tímido... Obligado á satisfacer al Parlamento ó á los huelguistas, Clemenceau no ha vacilado, se ha decidido por los más fuertes.»

Otro se lamenta:

«Los huelguistas cantan victoria. Están en su derecho. Su triunfo es incontestable. Pedían 1.º la cabeza de M. Simyan, 2.º la impunidad para los hechos de huelga y *hechos conexos* (rompimiento de líneas, destrucción de aparatos y demás actos de *sabotage*), y todo les ha sido concedido ó se les concederá en breve. Los funcionarios en rebeldía, amenazados de destitución, destituyen á su jefe...»

En esta huelga se ha observado el avance revolucionario del sindicalismo francés, que ha llegado á convertir los empleados, una potencia enemiga de los trabajadores manuales, no sólo en amiga sino en avanzada progresiva: la burocracia internacional se ha pasado á la revolución. Véanse estos datos: los empleados de las contribuciones indirectas de París enviaron 10.000 francos á sus compañeros P. T. T.; los empleados de correos ingleses, 25.000 francos; los alemanes, 25.000 francos; los norteamericanos, 25.000 francos. Hasta los «*gardiens de la Paix*» de París han dado 300 francos.

Bien pueden enorgullecerse por su triunfo los asalariados del Estado en París, que fueron en corporación á ocupar sus puestos después de haber humillado al Gobierno y al Parlamento.

¡Mediten los trabajadores españoles!

Número extraordinario

Deseando el grupo «4 de Mayo», editor de *TIERRA Y LIBERTAD* conmemorar la fecha del 4 de mayo de 1897, día en que fueron fusilados en los fosos del siniestro castillo de Montjuich nuestros compañeros Ascheri, Mas, Molas, Nogués y Alsina, no, relatando una vez más aquella conocida tragedia, sino poniendo de relieve ante el mundo obrero los crímenes de que es capaz la bestia reaccionaria para atajar la marcha del progreso, preparamos para esa fecha un número extraordinario, para el que creemos contar con el beneplácito de nuestros compañeros.

En dicho número, que será de gran tamaño, publicaremos hermosos y alusivos grabados é importantes trabajos, originales de los más renombrados escritores y propagandistas anarquistas.

Como los gastos que ocasionará serán de relativa importancia, esperamos que los compañeros que deseen cooperar en alguna forma á nuestra iniciativa nos ayuden, ya con donativos especialmente destinados á este NUMERO EXTRAORDINARIO, ó con pedidos de ejemplares del mismo.

Asimismo recomendamos á los correspondientes, con el objeto de poder calcular el tiraje, nos comuniquen el número de ejemplares que deseen recibir, entendiéndose que á aquellos que nada nos indiquen en contrario, se les remitirá la misma cantidad que ordinariamente reciben.

La aristocracia de la sangre

y la aristocracia del vino

Franceses: Tenéis todo lo que necesitáis para ser dichosos; sólo os falta el vivir seguros de que dormiréis en vuestras casas cuando seáis inocentes.

A. DUMAS.

En aquel tiempo era gobernador un aristócrata que jamás había entrado en una taberna, y legislaba acerca de las tabernas con la ignorancia habitual en la mayoría de los legisladores.

La nueva ley ordenaba que á las dos estuviesen cerrados todos los establecimientos de comidas y de bebidas. El café de N tenía

abierta una puerta y por la de la calle se subía al restaurant: allí cenaba de madrugada el señor gobernador. En la taberna de La Pura pasaban por la puerta entornada los señoritos que gustaban de emborracharse. La casa de Antonio no se cerró nunca, y allí se abrigaba la policía. En todos los distritos un café y una taberna desobedecía tranquilamente las órdenes de la autoridad; y ésta, como el alguacil del cuento, sacaba el sueldo por prender, y el sobresueldo por dejar hacer.

Ramón era un gallego honrado, trabajador y buen mozo, y tenía por esposa á Rosario, que era alicantina, honrada, trabajadora y una real moza. Ambos habían establecido una taberna muy bien puesta, y un hogar tan bien dispuesto que, á los diez meses de matrimonio, tuvieron un hijo que se llamó Santiago Albo y Mas.

Ramón tenía á sus padres viviendo estrechamente en su país natal, en Vilaldea. Rosario no tenía padres; pero su hermano, tejedor de esparto en Crevillente, empezaba á trabajar por cuenta propia, y estaba casado con una hermosa mujer. Las cuñadas no habían congeniado, no habían reñido, se temían y no se odiaban.

La taberna vivió lánguidamente hasta que Pablito, camarero del Suizo y padrino de Santiago, logró que los camareros de café fuesen de madrugada á cenar en casa de Ramón. Entonces la taberna empezó á ser un negocio de importancia.

Los dos esposos trabajaban sin desmayar: ella guisando, limpiando la casa y criando á su hijo; él sirviendo de noche las cenas, sirviendo por la mañana el aguardiente, y contratando con todos. Ella dormía en las primeras horas del día; él descansaba en las últimas horas de la tarde. No pensaban en quejarse, ni había motivo para ello.

—Eres muy bueno—decía Rosario.

—Y tú, eres más.

—De apellido.

—Y de todo lo que vale para un hombre.

Peró el matrimonio cometió la tontería de creer la necesidad vulgar de que el trabajo y la honradez hacen felices á los humanos, y como no tuvieron experiencia que les aconsejase, ni leyeron historias que les instruyesen, se olvidaron de ponerle al diablo una velita; y una tarde se presentó la autoridad pidiendo una vela, digo, una multa de cincuenta pesetas, porque la taberna no estaba cerrada á las dos. Dijo Ramón que la taberna estaba cerrada; replicó el agente que si las puertas no estaban abiertas, estaba la taberna llena de consumidores. Ramón buscó argucias; era inútil: lo preciso era buscar las cincuenta pesetas; lo hábil hubiera sido buscarlas antes y regalarlas antes; ya era tarde, y Ramón dijo que pagaría la multa.

Pablito supo aquella noche lo que ocurría; encargó á su compadre que no lo hiciese público, y prometió arreglar la cuestión.

La noche siguiente, consiguió Pablito quedarse á solas con su compadre.

—¿De modo que tú no eres ni de los unos ni de los otros?

—Soy un tabernero.

—Pues te irá mal.

—¿Es preciso ser monárquico para vender vin?

—No; se puede ser republicano en la apariencia; y esto también produce.

—Pues yo no soy más que un tabernero.

—Como quieras, pero te irá mal, porque ni en época de elecciones te dejarán vivir; no tienes votos.

—Tengo vergüenza.

—Chico, conmigo no te incomodes, que yo no soy quien ha hecho el mundo.

Pocos días después pagó Ramón una multa de veinticinco duros. La semana siguiente fué Ramón á la cárcel para no pagar en dinero otra multa de ciento veinticinco pesetas. Mientras estuvo preso siguió la taberna abierta por la noche.

Y así fué Ramón pagando con su cuerpo ó con su bolsillo las multas de quinientos reales que se le imponían con la constante amenaza de cerrarle el establecimiento.

Una crisis ministerial podía arreglarlo todo, pero la crisis no vino; lo que ocurrió fué que Ramón se murió en la cárcel; que Rosario se quedó viuda; que Santiago se quedó huérfano; y que el gobernador se volvió á su casa tan caballero como salió, y sin